

238

G

BX1751

CATECISMO DE PERSEVERANCIA

v. 6

1883

BMU Raúl Rangel Frías  
UANL  
FONDO  
A.P. PUBLICA DEL ESTADO

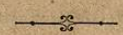
*Es propiedad.*



# CATECISMO DE PERSEVERANCIA.



## PARTE TERCERA.



### LECCION XXIX.

CONSERVACION Y PROPAGACION DEL CRISTIANISMO.  
(SIGLO VII).

La Iglesia consolada : continuacion de la vida de san Juan el Limosnero ; su amor á la pobreza ; historia edificante que gustaba de referir ; su testamento — El de san Perpétuo. — Juicio de Dios sobre los partos. — Devolucion de la verdadera cruz.

Quedémonos aun en Egipto para estudiar al Vicente de Paul del Oriente, á quien la Religion, siempre la misma en su espíritu como en su fe, hará renacer mil años mas adelante entre los occidentales. El santo Patriarca de Alejandria tan fácil era en perdonar las injurias como en dar limosna, y hé aquí una prueba de ello: Su iglesia tenia en el mercado público varios puestos de su pertenencia que alquilaba, para con su producto socorrer á los indigentes; pero un dia antojósele al senador Nicetas disponer de dichos puestos á favor del tesoro, y como lo impidiese el Santo, medió un acalorado debate, separándose uno de otro firmes en sus trece, sin ánimo de ceder. El Patriarca, muy desazonado por esta ocurrencia, hácia la tardecita mandó un archipreste acompañado de su clérigo, con este memorable recado para el terco senador: *El sol corre á su ocaso*. Nicetas al oir estas palabras entró en si mismo, y rompiendo en llanto, fué á encontrar al Prelado, que le dijo: « Bien venido seas, hijo verdadero de la Iglesia, pues tan pronto obedeciste á la voz de tu Madre.»



Entonces, arrodillándose el uno delante del otro, se abrazaron, y luego se sentaron. — «Te aseguro, dijo el Patriarca, que á no conocer cuán airado estabas por lo ocurrido, yo mismo hubiera ido á encontrarte en persona, pues sé que nuestro Señor recorría por sí «las ciudades, los castillos y las casas particulares para visitar á los «hombres. — ¡Oh padre! repuso Nicetas, nunca mas prestaré oídos «á los que me aconsejen meterme en contiendas.»

Sin embargo, el cariño verdaderamente paternal que el buen Patriarca tenía á los pobres estuvo expuesto á una durísima prueba, ordenándolo así el Señor para que mas brillase la resignacion y santa confianza de su siervo. Entre las grandes riquezas de la iglesia alejandrina contábanse diferentes buques que cada año hacian el tráfico de cereales con Sicilia; pero trece de ellos corrieron una violenta borrasca en el mar Adriático, siendo cada embarcacion de porte de diez mil cahices, y para salvarse hubo que arrojar al mar todo el cargamento, compuesto no solo de trigo, sino de lencería, argentería y otros objetos de cuantioso valor. Solos los buques quedaron salvos. Llegados á Alejandria, los marineros y tripulantes corrieron á la iglesia para guarecerse en ella; pero no bien lo supo el Santo, enviéles un billete de puño propio, concebido en estos términos: «Hermanos «mios, Dios nos lo dió, Dios nos lo quita; cúmplase su voluntad, y «bendito sea su santo nombre. Salid, hijos queridos, sin recelo por «este percance, que él no nos abandonará.» — La ciudad se despo- bló para irle á ofrecer consuelos; pero él consolaba á los demás, humillándose en presencia del Señor y poniendo siempre en él su confianza. No le salió fallida por cierto, pues en breve este nuevo Job recuperó con creces lo que habia perdido, cuyos productos invirtió, segun costumbre, en beneficio de los necesitados con una caridad siempre ferviente.

Pródigo en favor del prójimo, era duro y avaro consigo. En la humilde celda que le hacia veces de palacio dormia sobre una camilla puesta en el suelo, sin otra gala que un mal cobertor. Un dia estuvo á verle un caballero principal, y observando la pobreza de aquella manta hecha jirones, dispuso traer otra de valor de treinta y seis piezas de plata, y porfiando en que el Patriarca por amor suyo la tomara, tales instancias hizo que éste hubo de aceptar. No le sirvió empero mas que una noche: desvelado, agitado, toda ella la pasó haciendo estas ó parecidas exclamaciones, que oyeron los que dormian cerca de él: «¡Quién dijera que el humilde Juan tiene sobre

«su cama un cobertor de treinta y seis piezas de plata, mientras sus «hermanos en Jesucristo están pereciendo de frio! ¡Cuántos, hechos «un ovillo entre dos esteras, por no poder alargar las piernas tiritan «faltos de abrigo, ó bien pasan la noche en el monte sin pan y sin «lumbre! ¡cuántos pobrecitos á la hora esta, sin asilo á donde ir, «yacerán por las calles de Alejandria sobre el duro suelo, calados «por la lluvia! ¡ay! y cómo quisieran ellos mojar los dedos en el «caldo que mis cocineros espuman, ú oler siquiera el vino que se «derrama en mi bodega, no siendo pocos los que pasan un mes ó «dos sin ni siquiera probar aceite! — ¿Y tú que aspiras á la eterna «bienaventuranza, tú bebes vino, comes buenos pescados, tienes se- «gura morada, y aun semejas á los inicuos en estar cómodo y bien «abrigado bajo un rico cobertor de treinta y seis piezas de plata? «Viviendo con tal relajacion, no esperes gozar en la otra vida la fe- «licitad de los Santos, antes prepárate á oír la sentencia que se pro- «nunció contra el rico Epulon, de quien nos habla el Evangelio: «*Hijo, acuérdate que tú recibiste bienes en tu vida, y Lázaro tambien «males; pues ahora es él aquí consolado, y tú atormentado*.<sup>1</sup> ¡Ben- «dito sea Dios! Hé aquí la primera y última noche que el humilde «Juan se cobija bajo tan espléndido cobertor; pues en verdad, ¿no «será muy justo y mas agradable á Dios que del precio de esta man- «ta se cubran ciento cuarenta y cuatro de los que, al igual que tú, «son hermanos de Jesucristo, pues con cada pieza de plata pue- «den comprarse cuatro cobertores pequeños?» — Apenas rayó el dia, llamó á sus ecónomos y les encargó que vendieran su manta lo mas aprisa posible; ¡tanto le habia pesado durante la noche! Ejecutaron la orden, pero entre dia, el que hizo el regalo, viendo la prenda en venta, la compró y volvió á mandársela al Santo. El otro dia se repite lo mismo; el Santo vendiendo y aquel comprando, habiendo pagado esta vez treinta y seis piezas por la manta. El Patriarca la recibe con semblante alborozado, exclamando: «Á «ver quién de los dos se cansará primero.» Es de saber que aquel sujeto era muy rico, y el bendito Prelado poco á poco iba recabando de él muchas cosillas, diciendo placentero que para socorrer á los pobres se puede despojar á los ricos sin pecado, y quitarles con buenos modos hasta la camisa, sobre todo si son avaros y poco compasivos.

<sup>1</sup> Luc. xvi.



Y ¿de dónde sacaba san Juan su vehemente caridad? Del propio manantial que mil años despues el san Vicente de Paul del Occidente: del sagrado Corazon de Jesús empobrecido para enriquecernos. Por lo demás, nuestro Prelado tenia siempre á la vista un admirable rasgo de caridad que referia á menudo y que embelesaba su corazon, conforme espero embelesará el del lector.

«En Chipre, decia, tuve yo un criado muy fiel que fué casto hasta «su último día, el cual puntualmente me refirió lo que voy á trasladaros. Serví, dijo, en África, en casa de un alcabalero del emperador, hombre opulento, pero sin entrañas para los afligidos. «Una mañana de invierno ciertos mendigos, sentándose á tomar el «sol, empezaron á alabar las casas donde se les hacia limosna llenándolas de bendiciones, y á declamar contra la avaricia de los que «nada daban. Acertó uno de los platicantes á nombrar al funcionario á quien yo servia, y preguntándole si alguno habia sido «corrido por él, resultó no haberles dado nunca nada. ¿Qué apostamos, dijo entonces uno de ellos, á qué hoy mismo le saco alguna «cosa? Aceptada la apuesta, va el pordiosero á colocarse junto á la «puerta de casa de mi amo aguardando su regreso. Permitió Dios «que éste volviera al tiempo que una acémila cargada de panes llegaba de la tahona: acercóse el mendigo á pedir limosna, y tanta «fué su porfía, que irritado el amo, no hallando otra cosa á mano, «cogió un pan y se lo tiró por la cabeza. El pobre lo tomó, y corrió á enseñárselo á sus camaradas para probarles que habia recibido algo, segun su apuesta.

«Á los pocos días cae enfermo el alcabalero, y ve en sueños que «se le pide cuenta de sus actos, los cuales son pesados en una balanza: á un lado hay un grupo de hombres negros, de horrible «facha, y á otro un grupo semejante de mujeres de mirada severísima, vestidas de blanco, ocupadas en vano en registrar su vida para «poner alguna accion buena en la balanza, mientras los primeros «llenan el otro platillo con sus fechorías, y mirándose tristemente «dicen: ¿Nada encontraremos de provecho? Una de ellas observa: «Yo no veo cosa, á no ser un pan que hace dos días dió á Jesucristo, si bien contra su voluntad. Entonces pusieron el pan en «el platillo, con lo que bajó algo, y vueltas al alcabalero le dijeron: Si no añades peso aquí, no podrás escapar á esos hombres «negros.

«Despertóse mi amo, y conociendo ser verdad lo en esa vision fi-

«gurado, exclamó llorando: «¡Ay de mí! si un pan que tiré por enojo «me ha sido tan provechoso, ¿de cuántos males no se libraré el que «de buena gana da á los pobres?»—De este hecho volvióse tan «dadivoso, que ni aun perdonaba á su cuerpo, pues una vez «que al rayar el día se iba á su oficina segun solia, encontró un marinerero, despojado á consecuencia de un naufragio que acababa «de pasar, el cual se arrojó á sus piés pidiéndole socorro, y compadecido se quitó la capa que llevaba puesta, y le cubrió con ella. «El marinerero hallando esta pieza demasiado buena para sí, fué á «encargar su venta á un ropavejero; y como mi amo el regresar la viese expuesta en la calle, congojóse mucho, y llegando «no quiso comer, antes se encerró en su cuarto para lamentarse y «exclamar: «No he merecido que aquel pobre hiciese caso de mí.» «En tal congoja durmióse, y vió en sueños un varon resplandeciente como el sol que tenia impresa una cruz en el hombro y «llevaba la capa regalada al marinerero, el cual le dijo:—«Pedro «(tal era el nombre de mi amo), ¿por qué lloras?—Señor, repuso, lloro porque aquellos á quienes hago participar de los bienes «que me disteis tienen á mengua recibirlos.—¿Reconoces esta capa? «dijo el aparecido; desde que me la entregaste la llevo, y te lo agradezco, porque yo perecia de frio y me has abrigado.» Despertóse «mi amo en deliciosa enajenacion, admirando la dicha de los pobres: «¡Viva el Señor! exclamó; ya que Jesucristo reside en la «persona de los indigentes, no quiero morir sin hacerme otro de «ellos.»

«Llama á un esclavo que le servia de escribiente, y le dice: «Te «voy á confiar un secreto, pero cuenta que no lo reveles; y si no «cumples exactamente lo que voy á mandar, te venderé á los bárbaros.» Dicho esto le entrega diez libras de oro, y añade: «Con «este dinero comprarás algunas mercancías; en seguida me llevarás á Jerusalem para venderme á algun cristiano, y el producto lo «repartirás á los pobres.» Como el mozo repugnase cumplir esta orden, se la reiteró con nueva amenaza: «Te aseguro, repuso, que «si no me vendes, yo te venderé á ti á los bárbaros conforme he dicho.» Viendo su resolucion obedece el secretario. Llegado á Jerusalem encuéntrase con un joyero camarada suyo que habia sufrido «grandes quebrantos de fortuna, y hablando de varios asuntos hace «recaer la conversacion sobre su objeto: «Amigo Zoilo, le dice, si «necesitas algun criado, yo tengo uno de muy buena condicion y



«tan prudente que valdria para senador.» Admirado el joyero de que «su amigo poseyese un esclavo, responde: «De buena gana lo compraría, pero me falta lo mejor.—Por eso no quedés; álguien te «prestará una cantidad. Créeme, no pierdas esta proporción, porque es un esclavo excelente, y Dios te bendecirá por su conducto.» Decidese Zoilo; paga treinta piezas de plata por el esclavo, «andrajoso como estaba, y el secretario á su vez, dejando á su amo «se vuelve á Constantinopla, donde guardó lealmente el secreto que «tanto se le encargara, y distribuyó á los pobres el precio de la venta «hasta el último maravedí.

«Pedro, emprendiendo unos quehaceres del todo nuevos para él, ora guisaba la comida, ora lavaba la ropa de su amo; mas «en ningún caso se olvidaba de mortificar su cuerpo con rigurosos ayunos. El amo, viendo prosperar su casa mas de lo que «pudiera desear, admiraba la prodigiosa virtud y extremada humildad de su siervo, y un día le dijo: «Quiero emanciparte, para «que de hoy mas vivamos como hermanos;» pero Pedro rehusó este favor.

«Una de las cosas mas admirables para Zoilo era la paciencia con que este bendito sufría las injurias y tropelias de los demás esclavos, que le tenían por un mentecato y no le llamaban con otro nombre. A veces, cuando de puro sufrir caía atontado, aparecíasele «aquel mismo varón que había visto en sueños, cubierto con la propia capa y teniendo en la mano las treinta monedas de plata, precio de su venta, el cual le decía: «Pedro, hermano mio, yo recibí «el precio de tu libertad: no te aflijas; ten paciencia hasta ser reconocido por lo que eres.»

«Algun tiempo despues, unos joyeros africanos que iban en romería á los Santos Lugares fueron convidados á comer por el amo de Pedro, el cual les reconoció mientras servía, y ellos á su vez, «mirándole con atención, decíanse unos á otros: «¡Cómo se parece «ese hombre al señor Pedro el alcahalero!» El noble esclavo echándose de ver, procuraba volver el rostro; sin embargo, decían á Zoilo: «En verdad sois dichoso, pues si no nos engañamos el criado que os sirve es un personaje público;» y como no acabaran de reconocerle, á consecuencia de sus maceraciones y trabajos, mirábanle con ahinco, hasta que uno dijo: «No cabe duda, este es el «señor Pedro; corro á abrazarle. El emperador deplora su desaparición, haciendo tanto tiempo que no se sabe de él.»

«Pedro oyendo estas palabras, dejó caer el plato que llevaba, y «torciendo camino se fué hácia la puerta de la calle. El portero era «sordo-mudo de nacimiento y solo entendía por signos; pero el siervo de Dios, presuroso por escaparse, le gritó: «En nombre de Jesucristo.—Sí, señor, repuso el sordo-mudo.—Ábreme la puerta. «—Sí, señor, contestó el mudo segunda vez; y levantándose abrió.» «Al mismo tiempo, enajenado de gozo porque oía y hablaba, «empezó á clamar diciendo: «¡Señor, señor!»—Todos los de la «casa acudieron admirados de oírle, mientras seguía diciendo: «Aquel que servía se ha escapado corriendo, pero no es un culpable fugitivo, sino un grande amigo de Dios, pues no bien me «dijo: En nombre de Dios ábreme la puerta, ví salir de su boca una llama que me hirió los labios, y al punto oí y hablé.» «Enajenados de placer á la noticia de tal milagro salieron en busca de Pedro; pero ya había desaparecido. Todos los de la casa y «su mismo dueño hicieron penitencia por la aspereza con que habían tratado á Pedro, singularmente aquellos que le llamaban «simplon.»

Este rasgo de caridad tan propio para inflamar nuestro corazón, como inflamaba el del Santo limosnero, se reproducía frecuentemente en los primeros siglos, según lo dejamos manifestado al hablar de las costumbres de nuestros padres en la fe; ¿y somos nosotros los herederos de esta caridad admirable? ¿Qué hicimos de esa herencia que ellos nos legaron? ¿Qué son nuestras obras en comparación de las suyas? Estas graves preguntas es preciso hacérselas alguna vez en presencia de Dios, de nuestra conciencia y del juicio que nos espera.

Entre tanto el ilustre Patriarca de Alejandria, tocando ya á una edad proveya, se retiró á la isla de Chipre donde viera la luz, queriendo dar fin á esta vida de caridad por medio de un hecho que retrata al vivo su corazón entero. No bien llegó al pueblo de su nacimiento, previniendo papel y pluma dictó su testamento en estos términos: «Yo Juan, miserable pecador por mí mismo, pero libre y «exento ya de pecado por merced que el Señor se ha dignado dispensarme elevándome á la jerarquía sacerdotal, le doy humildísimas gracias porque ha oído lo que le pedí, de no poseer mas que «una moneda el día de mi fallecimiento, y dóiselas también porque «durante mi patriarcado en la santa Iglesia alejandrina, en el que «han pasado por mis manos sumas cuantiosísimas, he podido reco-



«nocer que todas estas cosas á él pertenecen, y devolverle lo que era «suyo. Y como esta última y única moneda que poseo, ¡oh mi Dios! «es vuestra cual todo lo restante, á Vos la devuelvo entregándosela «á los pobres.» Tal fué la voluntad postrera de este digno varon, quien, apenas quedó escrita, entregó su hermosa alma al Dios de la caridad.

Este testamento nos trae á la memoria otro no menos adecuado para demostrar el asombroso cambio que el Cristianismo operó en el corazon de los hombres. Recórrase en efecto toda la antigüedad profana, y en vano se buscará cosa parecida á tales documentos, timbre eterno de gloria para la Religion que los inspiró: aludimos á la disposicion testamentaria de san Perpétuo, obispo de Tours, que vivia en el siglo v, concebida en estos términos:

«En nombre de Jesucristo, amen. Yo, Perpétuo, pecador, ministro de la iglesia de Tours, quiero antes de morir dar á conocer «mi última voluntad. Vosotros, pues, entrañables y queridísimos hermanos míos, mi corona, mi delicia, mis *dueños*, mis hijos; vosotros los pobres de Jesucristo que gemís en la indigencia, que mendigais vuestro pan, enfermos, viudas y huérfanos, venid; yo os «declaro mis herederos. Excepto algunas deudas que he satisfecho «á mis acreedores, y lo que he dado á mi iglesia, á vosotros os doy «y lego cuanto poseo en tierras, pastos, prados, bosques, viñas, «casas, huertos, arroyos, molinos, oro, plata, vestuario y demás. «Quiero que al punto de seguida mi muerte se vendan estos bienes, «y de su producto se hagan tres partes, de las cuales dos se invertirán en limosnas á discrecion del sacerdote Agrario y del conde «Agilon, y la tercera se entregará á la virgen Dadolena, para que «la reparta á las viudas y mujeres pobres<sup>1</sup>. Firmado, *Perpétuo, obispo de Tours.*»

<sup>1</sup> La tradicion de la caridad, al igual que la de la fe, se ha conservado y permanece todavía entre los verdaderos cristianos, y aunque muchos ejemplos podrian corroborarlo, bastará citar uno solo. Nadie ignora la inmensa caridad del virtuoso arzobispo de Burdeos Mons. d'Aviau, fallecido en 1827, que solia dar á los pobres cuanto tenia privándose á sí mismo de lo mas preciso. Entre otras cosas carecia casi de vestuario, y su ayuda de cámara le repetia cada mañana: «Monseñor, no tiene calzones que ponerse. — ¿Qué le harèmos, amiguito? respondia el Prelado: mis pobres carecen de pan; ya verè mas adelante.» Cansado el doméstico, dió noticias de la *terquedad* de Monseñor á una piadosa dama que podríamos citar por su nombre, pues no hay pobre en Burdeos que no

Despues de dar á conocer al santo Patriarca de Alejandria que la Providencia suscitó para socorrer á las iglesias y á los fieles de Palestina y Siria asolados por los persas, hora es ya que mostremos á esta Providencia manifestándose con no menos brillantéz para el castigo de ese pueblo rebelde.

Al igual que el imperio romano, la añeja monarquía de los persas habia rechazado la antorcha del Evangelio, derramando gustosa por muchos años la sangre de los Mártires; y para colmo de iniquidad puso, segun hemos visto, una mano sacrilega en la cruz del Salvador, que es la verdadera arca de la nueva alianza. Si caro, pues, costó á los filisteos tocar el arca antigua y pretender guardarla en su poder, castigos aun mas tremendos amenazaban á los raptos de la verdadera cruz: una ruina general les hará purgar este rapto sacrilego, vengando de paso la muerte de tantísimos Mártires, y sancionando por medio de un ejemplar espantoso la gran ley de que los imperios solo existen y han sido creados para contribuir á la gloria de Jesucristo, recordando á todos los siglos que ningun pueblo jamás dijo impunemente al Cordero dominador del universo: *No queremos que reines sobre nosotros*<sup>1</sup>.

La primera herida mortal que el imperio persa recibió, fué la célebre victoria de Heraclio contra el mismo rey Cosroes, que habia tomado á Jerusalem y llevádose la verdadera cruz. Viéndose derrotado, apeló á la fuga, y despues de andar divagando ocho dias, se

la invoque en sus oraciones. Presentándose esta señora al Arzobispo, le dijo: «Monseñor, sé de un pobre muy digno de lástima, al cual haríais gran servicio socorriéndole, pues carece hasta de calzones. — ¿De calzones? exclamó el «Prelado: ¡esto es contra la decencia! Tomad luego el dinero necesario y mandad vestir á vuestro protegido.» — Dos ó tres dias despues presentase el camarero llevando á su señor unos bonitos calzones nuevos de terciopelo. Enójase al verlos el Prelado: — «¿Cómo es eso? ¿no te dije que no queria gastos «para mí? — Monseñor mismo ha dado la orden. — ¡Yo! — Sí, señor; aquel «pobre por quien madama C. L. intercedia... — ¿Y qué? — Érais vos.»

<sup>1</sup> El imperio de los partos fué el único que escapó á la dominacion de los romanos. Sujeto desde antiguo al señorío de los persas, hácia el año 136 antes de Jesucristo, Arsaces, mancebo lleno de brio, lo sublevó é hizo independiente alzándose rey, dando origen á la dinastía de los Arsácidas, que gobernaron con gloria hasta la época de Artabanes, el cual fué inmolado por Artajerjes, que restableció sobre la Partia el señorío de los persas en el año 226 de Jesucristo. Desde entonces ambas naciones siguieron unidas, constituyendo el segundo imperio de los partos ó persas, que terminó en 632 en la persona de Isdegerdes inmolado por Omar, teniente de Mahoma.



acogió á una miserable choza donde solo se entraba á rastras. En tan extrema necesidad, acometido de una violenta disenteria, designó para sucederle á una hija á quien queria; pero siendo en menoscabo del primogénito, sublevóse éste, prendió á su padre, dejándole morir de hambre en un calabozo, y se apoderó de la corona. No bien la ciñó, hizo paces con Heraclio, y le remitió todos los cristianos que estaban cautivos en Persia, entre otros el patriarca de Jerusalem Zacarías, con el sagrado madero, robado catorce años antes.

Durante este tiempo la preciosa reliquia habia quedado encerrada en su estuche, sin que los persas rompieran el sello, reconociéndolo así el mismo Patriarca cuando volvieron á entregársela en el estado en que fué robada; visible proteccion de Dios que excitó general admiracion. Entró el Emperador en Constantinopla con todos los honores del triunfo, montado en un carro del que tiraban cuatro elefantes, llevando ante sí la santa cruz como el mas glorioso trofeo de sus victorias. Á los primeros asomos de la primavera pasó á Jerusalem con objeto de dar gracias á Dios por sus logros y volver á colocar el sacro trofeo en la iglesia de la Resurreccion; y á fuer de monarca verdaderamente cristiano, quiso seguir las huellas del Salvador llevando á cuestas la cruz hasta la cima del Calvario; siendo esto origen de una gran fiesta para los fieles, cuya memoria aun celebra la Iglesia el dia 14 de setiembre<sup>1</sup>, y de la cual hablaremos detenidamente en la parte IV del Catecismo.

*Oracion.*

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por los grandes milagros de proteccion que nunca habeis cesado de obrar en favor de vuestra Iglesia; hacednos la gracia de que amemos á los pobres como san Juan el Limosnero, y que respetemos vuestra santa cruz al igual que los piadosos cristianos de Jerusalem.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mi mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *no pasaré delante de ninguna iglesia sin hacer la señal de la cruz.*

<sup>1</sup> Véase Fleury, lib. XXXVII, pág. 330.

LECCION XXX.

CONSERVACION Y PROPAGACION DEL CRISTIANISMO.  
(SIGLOS VII Y VIII).

Juicio de Dios sobre el imperio de los persas (continuacion).—Mahoma, su mision, su carácter, su doctrina.—Estragos de los mahometanos en África.—La Iglesia atacada: Monotelismo.—Defendida: san Sofronio; concilio general de Constantinopla.—Consolada y propagada: conversion de la Frisia y la Holanda; san Willibrodo.

Dios, para que á él solo se rinda toda la gloria del triunfo, suele valerse de instrumentos los mas débiles para obrar los mayores prodigios, queriendo que los hombres se penetren de que él es quien premia y castiga, á fin de que no desconozcan la mano invisible que rige los imperios, y los eleva ó aniquila á medida de sus virtudes ó sus vicios. Nunca fué mas sensible esta verdad que en el suceso que vamos á referir: el formidable imperio de los persas ó partos; terror de Roma, debe perecer; pero ¿qué potencia se encargará de ejecutar el decreto de la divina Justicia? Un simple hombre, oscuro y grosero, de origen perdido en los arenales de la Arabia: Mahoma! Hé aquí el Átila de Oriente enviado de Dios para castigar á los pueblos ingratos y rebeldes contra el Cordero dominador del universo.

Nació Mahoma en los desiertos de la Arabia Petrea por los años de 570, de padre gentil y madre judía. Habiéndoles perdido en edad temprana, fué educado por un tío, que á los veinte años lo dedicó al comercio, incorporándole á las caravanas que hacian el tráfico entre la Meca y Damasco; y de regreso á la Meca se casó con una rica viuda, cuyo gerente era, la cual le donó todos sus bienes cuantiosísimos. Alcanzando así una posicion que jamás hubiera imaginado, empezó á concebir la idea de erigirse en jefe de su nacion; para lo cual bastábale solo explotar la ignorante credulidad de los árabes, y al intento reunia los medios suficientes.

Por poco que se haya leído su historia y consultado su Alcoran, échase de ver que este hombre era naturalmente sagaz, solapado,